

BREVES APUNTES HISTORICOS

ACERCA

DEL IDIOMA CASTELLANO.

No puede ponerse en duda que los primeros pobladores de nuestra hermosa península debieron traer á ella un idioma, pues donde quiera que el hombre fija su planta, allí lleva el don de la palabra, como inherente á su personalidad, y condicion necesaria para el establecimiento de las sociedades humanas; pero habiendo trascurrido desde entonces más de cuatro mil años y siendo por otra parte tan inciertas y encontradas las noticias, que acerca de esta cuestion nos dán los escritores antiguos, no podemos fijar de una manera determinada cuál fuese este idioma. El primero que vino á España, segun la tradicion más acreditada, fué Tubal, quinto hijo de Jafet. Entre las varias opiniones acerca de la lengua importada por Tubal, ha sido admitida por muchos de los que han escrito sobre este punto la que el P. Isla defiende con gran copia de razones; esta es, que el idioma de Tubal y de los demás que con él vinieron fué el vascuence, uno de los setenta y dos de Babel.

Sin embargo, á pesar de los eruditos y penosos trabajos hechos, y de los esfuerzos practicados, no está demostrado aun con toda verdad; cuál fué el idioma, que primitivamente usaron los pobladores de España, ni en qué forma se mezcló con los de los diversos pueblos, que tuvieron en nuestra península mayor ó menor influencia. No es propio tampoco de la índole de estos ligerísimos apuntes, entrar á hacer un exámen crítico sobre cuestion tan complicada é incierta; y aunque son pocas las obras originales que poseemos, y muy debatidas

las opiniones de los críticos extranjeros, que se han ocupado sobre nuestra literatura, á aquellas fuentes remitimos á nuestros lectores, y en ellas encontrarán, sino la certeza de un asunto, que se pierde en la noche de los tiempos, los apreciables datos, que ha podido reunir la erudición paciente é investigadora.

Mas en lo que no cabe duda es que ántes de los romanos se hablaban ya diversas lenguas en España, efecto de los diferentes pueblos, que sucesivamente se establecieron en ella ántes de esta época, como fueron los fenicios, griegos y cartagineses, siendo además diferente la de los naturales del país, segun la opinion de algunos historiadores; pues Plinio dice que los celtas se distinguian de los de la Bética en la lengua y religion; y Estrabon, hablando de la instruccion, cultura, leyes &c. de los turdetanos, añade, que los demás españoles ni tenian un solo género de literatura, ni una sola lengua.

Pero vienen los romanos, y como estos tenian en tanta estima su lengua vulgar, es decir, la latina, que jamás hablaban á los extranjeros en todo lo concerniente á los negocios públicos sino en la lengua del Lacio, aunque poseyesen otros idiomas; y siendo además su política constante la de introducir en los países que conquistaban su religion, leyes, usos y costumbres y con preferencia su idioma, como sucedió en Italia, Francia y en los pueblos que sometieron á su poder en Asia y Africa, es natural que nuestra España, donde por tanto tiempo se dejó sentir la dominacion de la reina del mundo, y se resolvieron los más graves acontecimientos de la historia romana, fuese la que con más facilidad y con más igualdad de ánimo admitiera la lengua de la orgullosa Roma; popularizándose en tales términos, que en el trascurso de más de seiscientos años, que mantuvo su dominio sobre nosotros, apenas quedó vestigio alguno de las antiguas, salvo algunas voces prohibidas por los invasores y algunas otras, que conservó el comercio y la política, De modo que la lengua latina era general en toda la península, á excepcion del territorio de Vizcaya.

No pretendemos afirmar, que pereziese completamente la lengua indigena, pues es imposible estirpar las huellas, que dejan en los pueblos los idiomas primitivos; pero el gran número de escritores latinos en todos los géneros de la literatura, con que se envanece España, prueba hasta qué punto habia echado raices entre los españoles el idioma del Lacio. Marcial afirma, que en su pequeño pueblo natal habia hablistas envidiosos, que censuraban sus epigramas; dato notable, que comprueba que habia llegado hasta las últimas poblaciones la afición á las letras. «Sin duda, dice un célebre crítico francés, (1) habia idiomas locales; pero la religion hablaba en latin, la ley

(1) Mr. Villemainr, Cours de littérature française.

hablaba en latin; en todo el latin era el idioma, que el vencedor imponia al vencido. Para tratar con él, para pedirle gracia, para obtener la condonacion de los impuestos, para rogar en el templo, para todo hacia falta la lengua latina.»

Viene despues la decadencia del imperio romano y entonces empezó á notarse tambien la del idioma; pues no hav cosas que marchen tan sumamente enlazadas como el engrandecimiento material è intelectual de los pueblos, perdiéndose completamente el uno con la ruina del otro. Pero cuando la lengua latina acabó de corromperse fué en tiempo de los godos. Estos al principio no trataron de destruir el latin, ántes bien, siendo el idioma vulgar que encontraron en Italia, Francia y demás provincias, trataron de conservarle, para dar así más solidez y estabilidad á sus conquistas; mas cansados al poco tiempo de la declinacion latina, por serles muy difícil, suplieron los casos ó desinencias con los artículos y preposiciones; dejaron de usar la voz pasiva de los verbos, reemplazándola con los participios y auxiliares; hicieron al mismo tiempo una mezcla con las palabras latinas y las suyas, y tanto los romanos, como los godos ó españoles, se fueron acostumbrando poco á poco à este nuevo modo de hablar, y con esto vino á degenerar el latin en el romance, ó la primitiva habla castellana.

Vencidos los godos en la batalla del Guadalete, los árabes à manera de un torrente invadieron nuestra península, para no ser arrojados de ella hasta después de ochocientos años. Estos sectarios de Mahoma, à imitacion de los romanos, trataron de introducir su lengua; pero no pudieron conseguirlo, no solo por lo mucho que se habia extendido y arraigado en todo nuestro territorio el habla castellana, ó sea la lengua gòtica, sinó tambien por el poco tiempo que tuvieron bajo su poder los puntos que conquistaron; pues los cristianos, al paso que fueron arrojándolos de aquellos, hicieron prevalecer su lengua, aunque tomando algunas voces árabes; y realizada ya la reconquista, casi toda España vuelve à hablar el idioma de sus padres: y decimos casi toda España, porque, como los vizcainos no llegaron à estar bajo el dominio de ningun pueblo extranjero, y si lo estuvieron fué por muy poco tiempo, de aquí que conserven hasta el dia su propio y primitivo idioma, ó sea el vascuence, que segun ántes hemos indicado, se dice ser el importado por Tubal y su familia.

Si pudiésemos detenernos à examinar las causas de la corrupcion de la lengua latina, y citar los documentos, en donde se advierte el tránsito à la lengua vulgar, observaríamos las modificaciones, que la invasion de los bárbaros y despues la de los árabes fueron introduciendo en el idioma, hasta que triunfó definitivamente el habla castellana, asimilandose los elementos de las lenguas, que habian contribuido à su formacion. Las rela-

ciones entre vencedores y vencidos, en las épocas de los romanos y de los árabes, dejaron en el idioma marcado su paso; pero la lengua rústica, que se empezó á formar en tiempo de los godos, y se fomentó con el odio á los invasores en las montañas de Leon y de Asturias, invadió por fin las leyes y la literatura y fijó su decisivo imperio con el Código inmortal de las Partidas y el Poema del Cid.

Como los franceses ayudaron á los catalanes á conquistar el Principado, notase en el dialecto catalán el sello especial de la mezcla de ambos pueblos; y si recordamos que el rey D. Alfonso VI dió en dote el Portugal, juntamente con la mano de su hija D.^a Teresa, á Enrique de Borgoña, nieto del rey de Francia, Roberto el Excomulgado, cuando vino á ayudar á los lusitanos contra el enemigo comun, reconoceremos como una de las causas de la formacion del idioma portugués, el trato íntimo de los pueblos contendientes, unido á la proximidad de Portugal con Galicia, con cuyo dialecto tiene el idioma lusitano una gran semejanza. Sin duda contribuyeron otras muchas causas á la formacion de estos dialectos, cuyo origen es igualmente latino, y cuyas relaciones con el habla castellana son tan íntimas; pero nos separaríamos de nuestro propósito, y tampoco lo permiten los límites de este artículo, si al pretender enumerarlas, hubiésemos de desflorar la brillante historia de la lengua y literatura provenzal, de la cual es hija la catalana, ó los orígenes del idioma, en que escribió Camoens.

Bastennos las ligeras indicaciones que hemos hecho, y de las que hubieramos prescindido, á no ser por las íntimas analogías, que el origen y la geografía han establecido entre aquellos dialectos ó idiomas y la lengua castellana.

De lo anteriormente expuesto se sigue: Que las diferentes lenguas que después de los cartagineses hubo en España se han perdido: que con la dominacion romana se hizo general en nuestro suelo la lengua latina; y que los godos conservaron al principio esta lengua, pero al poco tiempo, dejando la declinacion de los nombres, y la voz pasiva de los verbos latinos, mezclando muchas voces de este idioma con las del suyo é introduciendo otras novedades, echaron los cimientos á la lengua gótica, ó sea al habla castellana.

A todo lo cual debemos añadir, que nuestra lengua, como hija de la latina, ha tomado de ésta la mayor parte de sus voces; muchas de la gótica; algunas de la lengua árabe; unas pocas de las lenguas primitivas, pero latinizadas; y varias, en fin, tomadas de las lenguas de las naciones vecinas en épocas más recientes, después que aquella se hubo fijado y perfeccionado. Y últimamente, que nuestra lengua tuvo su infancia en el siglo XI en tiempos de Alfonso VII, el Emperador y Alfonso VIII, el de las Navas; llegó á

su mayor grado de perfeccion en el siglo XVI, en los últimos tiempos de los reyes católicos, llamado con razon el siglo de oro de nuestra literatura; tuvo su decadencia en el siglo XVII, en los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, para elevarse después en el siglo XVIII, desde el reinado de Felipe V. fundador de la Academia de la lengua.

Para terminar con un brillante periodo estos ligerisimos apuntes, nos parece oportuno trascribir à continuacion en elogio de nuestro rico y cadencioso idioma las elocuentes frases, con que el eminente acadèmico, D. Juan Eugenio Hartzenbusch terminó uno de sus discursos. «El habla, que salió balbuciente y ruda de entre los escombros del imperio romano, la que se albergò en Covadonga, se entronizó en Toledo, hizo enmudecer al árabe de Granada y à los ídolos de Méjico y à los oráculos del Sol de los Incas; la lengua en que suspiró Garcilaso, dirigieron himnos à la Divinidad Leon y Herrera, Quintana celebró la imprenta y exhaló grito de dolor y de ira la patriótica musa del *Dos de Mayo*, digna es de que nosotros le conservemos su rica y augusta corona; y si no podemos añadirle diamantes, no empañemos con mano impura la brillantez vivísima de los que tiene.»

TOMÁS PERIAGO.

MURMURACION.

La historia que se comenta,
El epígrama punzante,
La anécdota chispeante,
Lo que al contarse se aumenta.
La crítica se alimenta
De la moral que relaja;
Lleva firme el alza y baja
Que à sus censuras la obliga....
Sin ver en su ojo la viga,
Vé en el ageno la paja.

No hay círculo, no hay reunion
Particular ni política,
Donde no se oiga la crítica,
Censura ó murmuracion:
Con evangélica uncion,

Y haciendo que lamentamos,
A la voz pública damos
Un secreto que lastima,
Con él abriendo la sima
A la fama que matamos.

El que sepa comprender
De ese defecto la mengüa,
Antes que mover la lengua
Debiera de enmudecer.
Que el honor en la mnger
Es de sus hijos la herencia,
En el hombre, la existencia,
En el hogar, la esperanza...
Sin ese honor, no se alcanza
Que haya paz en la conciencia.

Por esto la sociedad,
Ligera, caústica, loca,
Emponzoña cuánto toca
Con harta frivolidad.
Olvida la caridad
Que debemos al hermano:
Ceba su diente inhumano
Sobre la fama más pura....
¡ Y es lo grande, el que murmura
Quiere llamarse cristiano.. !

J. M. PUCHE.

SONRISAS Y SUSPIROS.

Los últimos albores del crepúsculo de la tarde proyectaban en el horizonte las débiles ráfagas de una luz indecisa.

Era una tarde de otoño: la naturaleza parecía que elevaba al Hacedor Supremo la oración del descanso y apenas un murmullo turbaba su magestuosa é imponente calma.

La brisa, saturada de esencias y armonías, columpiaba dulcemente las marchitas hojas de los árboles, y algún pajarillo saltando de rama en rama, tocaba con sus alas una hoja, que más

débil que las otras, y no pudiendo sostener el frágil peso, caía en los surcos del camino.

Hay horas que convidan á la meditacion, y que indudablemente despiertan inusitada actividad en la fantasía; horas en que se sueña y no se duerme, en que se oyen sonidos inarticulados, en que se perciben misteriosos y desconocidos ecos, en que se escuchan armonías ininteligibles, en que se ven imágenes impalpables,

En estos momentos se apodera del espíritu extraño sonambulismo: parece que el aura sonríe, que murmura el arroyo, que el viento se queja, que gime el eco entre los árboles, que llora el pajarillo en el nido, que suspira en el espacio infinito la madre naturaleza.

Y el alma, subyugada por una fascinacion incomprendible, entiende sin esfuerzo la espresion de aquella sonrisa, el dolor de aquella dulce queja, el misterio del eco, el poema que encierra aquel suspiro.

Oculto entre el ramage y descansando sobre la húmeda arena, entregabame yo al éxtasis dulcísimo, con que la naturaleza me brindaba, como el niño, que tranquilo se adormece en los brazos de la madre, que le arrulla.

La noche avanzaba rápidamente, y el tímido fulgor de alguna estrella comenzaba á percibirse en el azul purísimo del cielo.

Un rumor extraño, discordante y armónico, dulce á la vez y quejumbroso, agitó de repente las hojas y las ramas, fué creciendo, creciendo, como un prolongado murmullo, y se deshizo despues en notas de un idioma desconocido, que ya se asemejaba á un canto, ya á un lamento.

No sé si lo forjó mi fantasía, ó fué una realidad maravillosa; pero sin que nada descubriesen mis ojos, llegó hasta mi oido clara y distintamente este diálogo:

—Descansemos un poco, antes de separarnos: hermanos somos todos, unos por la alegría, otros por los pesares; tranquilo está el cielo y la atmósfera serena; estas ramas nos prestarán asilo, mientras la brisa se dispone á conducirnos en sus alas. La hora de la despedida es la hora de las confidencias; el dolor se mitiga y el placer se dilata, cuando se comunican; deciduos el secreto de vuestras alegrías, y os haremos tambien partícipes de la intimidad de nuestras penas.

—No creais en la dicha, aunque los labios sonrían, ni en la desgracia, aunque suspiren: tambien hay suspiros dulces y sonrisas amargas; si no hubiese tan veloz el tiempo, que nos obliga á proseguir nuestro camino, sabriais cuán caro cuesta el placer de una sonrisa y no envidiariais nuestra felicidad. Escuchad, sin embargo; puesto que nos ha reunido el destino, envolviendonos en la rafaga de aire, que junto á estas ramas nos detiene.

Yo soy la sonrisa, que entreabrió los labios purpurinos de una mujer hermosa como un sueño; mi soplo embriagador y perfumando fascinó un corazón sencillo y cariñoso, y alimenté las ilusiones más puras, los delirios más insensatos, las esperanzas más quiméricas. Jamás me separé de la entreabierta boca de aquella mujer encantadora; pero ¡ah! que el hálito del desengaño me heló en los labios, que se tornaron secos; quise esconderme en el fondo del corazón, pero al tocarlo con mis sutiles alas, sentí que estaba frío y tuve miedo; volví á los labios, pero ya se había impregnado mi hálito con la hiel de su alma. Desde entonces quedé amarga y triste, y no pudiendo sostenerme en aquella boca, que me repelia, huyendo voy del mundo, para refugiarme en el cielo.

—Triste es tu historia, y tu amargura incomparable; pero si grande es el dolor del desengaño, mayor es todavía la incertidumbre de mi existencia, el gusano de la horrible duda que me devora.

Yo soy un suspiro, que nació en el colmo de la felicidad; ilusiones infinitas mecieron mi aspiración primera. Aun me parece recordar aquella escena entre la espesa bruma de mi primer crepúsculo. También era una tarde de otoño, y embriagaba el ambiente la esencia de las últimas flores; las miradas de los dos amantes se confundían, temblaban sus manos entrelazadas; los labios dejaban escapar la respiración anhelosa y el rumor de un doble beso turbó el silencio imponente de la naturaleza ¡Cuán dichoso salí del pecho! ¡Con cuánta felicidad me desprendí del labio! Pasó el tiempo, y la dicha, que siempre es deleznable y vana sobre la tierra; el dolor de la ausencia abrió una profunda herida en el alma enamorada, que me dió el ser: el llanto no se seca en sus ojos, ni yo me separo un momento de su pecho, pero hoy llena de desesperación, me ha lanzado de sus labios con tan potente impulso, que errante voy en busca del bien perdido; besar quiero su frente, y contarle á solas las horribles penas de la duda, el suplicio inesplicable de la ausencia.

—¡Bendito el suspiro, que vá en busca del consuelo de los que sufren y lloran!

—¡Bendita la sonrisa, que desengañada del mundo, vá á buscar esperanzas en el cielo!

—La brisa se agita y nos espera; volemós en sus alas á cumplir nuestro destino.

—Adios, y la fortuna os guíe en el logro de vuestros desos.

.

Ovóse como un rumor apenas perceptible de besos; estremecieronse las ramas y se desprendieron de ellas muchas hojas

Y cual si fuese un eco de música celeste, perdido en la in-

mensidad de los espacios, turbó la imponente tranquilidad de la noche una multitud de cantos diversos, que venían á formar un solo cántico en idéntica armonía, y cuyo ritmo llegaba confuso hasta mi oído, á semejanza de una cascada de notas, desprendidas de las liras de los angeles

Y aquellos inesplicables sonidos se fueron agrandando, agrandando, como el círculo, que forma en el agua la piedra lanzada sobre su superficie, y despues... se fueron lentamente perdiendo, como los límites del horizonte en la inmensidad del océano.

Y decían:

—Yo soy la sonrisa del amor que embriaga, que seduce, que fascina.

—Yo soy el suspiro del alma, que sufre, que padece y que llora.

—Yo cruzo en la callada noche los labios del niño, que sueña con los ángeles sus hermanos.

—Yo agito el pecho de la madre junto á la cuna de su hijo, al depositar en su frente el purísimo beso del amor más grande.

—Soy el recurso del disimulo, la espresion de la alegría, el nuncio de la esperanza.

—Soy el bálsamo de las penas, el desahogo del pecho oprimido, el eco del alma atribulada.

—Yo copio mis gracias en los colores del iris, jugueteo en las aguas del límpido arroyo, y me columpio en los cálices de las nacientes flores.

—Yo aspiro el perfume de los dolores íntimos, llevo envueltas en mis pliegues partículas del sentimiento, en mis sutiles alas palpitan las pasiones, en mi seno se estremece aprisionada el alma.

—¿Quién eres tú, tan insensible y frío, que no te deleita el mirarme?

—¿Quién eres tú, tan cruel y duro, que no te conmueve el oírme?

—¿Quién no ve en mí los encantos todos de la tierra?

—¿Quién no descubre en mí todas las esperanzas del cielo?

—Sigueme: yo soy la pasión y la alegría.

—Sigueme: yo soy el amor y la plegaria.

—¡Dichosos en la tierra los que sonríen!

—¡Bienaventurados en el cielo los que suspiran!!

Un estremecimiento frío circuló por mis huesos; me levanté azorado, y miré á mi alrededor con espanto.

Pareciome ver como astros fugaces, multitud de sombras, que se destacaban en la oscuridad de la noche, elevándose unas hasta el cielo, y otras revolando por las copas de los árboles, ó asi-

das de la fimbria de las nubes. La atmósfera se tornó húmeda y pesada, y casi simultáneamente se desprendieron de las nubes y de las hojas copiosas gotas de rocío, á semejanza de una lluvia de lágrimas.

Y lentamente las sombras se fueron desvaneciendo en el fondo del cielo, y extinguieronse los ecos en las profundidades del espacio, como el último lamento de un moribundo.

Poco despues, la naturaleza habia recobrado su imponente y profunda calma; tan solo llegaban hasta mi oido esos estraños rumores, que turban el silencio de la noche, y que acaso son el lenguaje misterioso y secreto de invisibles seres, que á nuestro alrededor palpitan con incesante movimiento.

La soledad, el bosque sombrío, el ambiente tranquilo y perfumado, el pálido fulgor de las estrellas, que atravesando casi estinguido la bóveda de ramaje, la asemejaba á la severa cripta de un sepulcro, debilmente alumbrada por la incierta luz de una lámpara; el ténue movimiento de las hojas, el aleteo imperceptible de algun pájaro vigilante, la húmeda brisa, cargada del rocío de la noche y de las esencias de las flores, el acompasado murmurar del agua corriente, el dulce recuerdo, en fin, de la ilusion apenas desvanecida; todo produjo en mi espíritu una emocion indescriptible; no sabre decir si fué miedo, tristeza ó alegría: solo me acuerdo, que se escapó un suspiro de mi oprimido pecho, y una sonrisa de amargura produjo una ligera convulsion en mis labios, secos y trémulos por las fatigosas impresiones, que habia experimentado aquella noche mi fantasía.

En aquel momento, y como si despertára de un sueño, elevé mi vista hácia el cielo, sin poder reprimir un movimiento espontáneo, y miré á mi alrededor con curiosidad y estrañeza.

Entonces no pude contener una carcajada, que formó singular contraste con el estado de mi espíritu, profanando el recogimiento de mi alma y el de la naturaleza; pero, ¡ay! acababa de figurarme, que el suspiro y la sonrisa desprendidos de mis labios, los habia visto columpiarse en las alas de la brisa que me circundaba, y que rápidamente conducidos por ella, iban á reunirse con sus compañeros.

A. G.

RECUERDO

**AL SR. D. BRAULIO MELLADO,
CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU QUERIDO HIJO.**

I

Dorados son sus cabellos
Cual de la aurora los tules;
Sus ojos, vivos y azules;
Sus labios, rojos y bellos.

Entre la holanda se mueve
Con inquietud afanosa:
¡Parece el niño una rosa
Sobre sábanas de nieve!

Su madre, que ni un momento
De su lado se retira,
Cuando le mira, suspira
Con fatal presentimiento;

Y es que en su doliente anhelo,
Aunque la ofusca el cariño,
Ve que el inocente niño
No es de aquí, sino del cielo.

II.

Ella que le vió jugar
En torno de su regazo;
Que le dió el primer abrazo
Al escucharlo llorar:

Ella que lo vió nacer
Y crecer junto á su lado,
Con el pecho alborozado
De incomprensible placer:

Ella que recuerda el día
En que su labio inocente

Todavía balbuciente
Nombró á la Virgen María.

—
Copiosas lágrimas vierte
Ante un dolor tan prolijo,
Pues ve luchando á su hijo
Entre la vida y la muerte.

III.

¡Pobre madre! tu dolor
Enloquece y desespera,
Solo calmarlo pudiera
La madre del Redentor.

—
Corre al pié de sus altares
Y dile á la Virgen pura,
Lo inmenso de tu amargura;
Lo acerbo de tus pesares.

—
Para que endulce tus penas,
Riega su altar con tu llanto,
Y adorna despues su manto
Con cándidas azucenas.

—
Que nadie puede mejor
Comprender tu pecho herido,
Que la que es madre y ha sido
Presa del mismo dolor.

IV.

¡Silencio! ¿Qué triste acento
Es ese que oír se deja,
Como el eco de una queja
Que apenas percibe el viento?

—
¿O qué misterioso son
Puebla el espacio del día,
Cuál si fuese una armonía
O el eco de una oración?

—
Es la madre sin concierto
Que inutilmente se afana;

Es la voz de la campana
Tocando á gloria y á muerto.

Es el niño que và en pos
Del bien eterno y fecundo;
Es un ángel de este mundo
Que vuela al trono de Dios.

Lorca 22 de Abril de 1875.

J. RUIZ NORIEGA.

SARUH

ò

EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS

LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.

CONTINUACION. (1)

Todo cuanto habia creado la arquitectura y el gusto árabe en aquellos tiempos, se hallaba reunido en una pequeña sala oblonga del castillo del moro. Las paredes labradas prolijamente se alzaban hasta el friso, ostentando caprichosos dibujos, inscripciones y cupulinos de fantástica perspectiva: el pavimento lo cubria una rica alkatifa ó alfombra de persia con arabescas figuras de relieve, y diseminados acá y allá se veian algunos cojines de damasco con rapacejos y bordados de oro y aljofar: de una alta cúpula estalactítica colocada en el centro de la estancia, pendia una lámpara de alabastro, cuya luz derramaba una claridad tenue sobre los objetos, y dos pebeteros montados en columnas de porcelana con arábigas labores, exhalando suaves aromas, hacían fácil y tibio el ambiente de aquella estancia.

(1) Veanse los números 49 y 52

Una muger jóven, casi niña, ó un arcángel del sétimo cielo, como diria un musulman, estendida sobre uno de los cojines y reclinada sobre su brazo derecho, parecia escuchar con atencion á una esclava nubia que, humilde y silenciosa, replegada sobre sus rodillas, preludiaba en una guzla de oro y marfil.

De pronto abriose la puerta de la habitacion y un anciano morisco seguido de otro de edad juvenil pronunció en el dintel el nombre de Alah altísimo y misericordioso; la dama saliendo de su abstraccion, fijó sus negros ojos en los que llegaban y se irguió sobre el lecho esclamando:

—Llegad, padre mio, que acaso Alá os envia para que os prevenga contra una trama vil que se cierne sobre nuestras cabezas.

—¿Y qué peligro, luz de la luz, replicó el mas jóven de los que llegáran, avanzando algunos pasos, puede temer mientras yo aliente, la hija del islam?

—Aben, profirió la mora dando á su acento una severidad casi desdeñosa; Dios protege á los justos, y si el recelo y la infamia condenan al inocente algunas veces, Alá iluminará á los impostores y mi padre podrá presentar su noble frente á la luz del sol.

—¿Tu padre injustamente calumniado! ¿y cuál es el delito que se le imputa?

—Uno, Aben, que solo con la muerte puede expiarle.

—¿Y quien ha traído esa absurda patraña, insistió el árabe, hasta la hermosa de las hermosas?

El rostro de la morisca cubrióse de densa palidez, miró al anciano de un modo angustioso é intentó proferir algunas palabras que espiraron en su garganta.

Los dos muslines se miraron á su vez con espresion indefinible, se estremecieron de una manera poderosa y sus pupilas exhalaban un siniestro fulgor: en ambos se habia despertado una sospecha sombría, y tal era que no sin razon se agitaba en sus almas una ansiedad de muerte.

Hixen-ab-meleh, padre de la morisca, y el turbulento Aben Said, eran los más fogosos adalides de la rebelion que de mucho tiempo venia preparando y á la que en breve se habia de lanzar el pueblo musulman: en el vasto plan de una conspiracion dilatada, fácil era que una voz delatora pusiese en grave riesgo, no ya el éxito de la empresa, si que tambien la vida de los instigadores. Por eso ante las palabras de la morisca temblaban Hixén y Aben-Said, como si ellas hubiesen sido el funesto presagio de una cercana desdicha.

—Por el arcángel Arrael, gritó el anciano con ronca voz, despues de algunos momentos de mortal silencio, ¿dónde está el miserable, que así atrae sobre nuestras cabezas el encono de los ti-

ranos?

Aquí respondió la voz de un nuevo personaje, apareciendo en el dintel de la habitación.

—¿Y te arrojas, traidor, delante de mí para que te esterminé?

—Tu eres bagib, (1) replicó el que llegaba con acento sereno, y antes falte la vida á mis brazos que levantados contra ti: si otro dudara de mi lealtad lo mataría.

—Luego.....

—Escucha señor, y caiga despues tu cólera sobre el culpable. Nuestros pasos eran seguidos por un espía enemigo, sorprendido poco há en la gruta de los conciertos.

—Maldicion! rugió el anciano con terrible ansiedad.

—En vano, prosiguió el árabe, intentó resistir el empuje de nuestras taifas, pues yace aprisionado en los muros de este castillo. Y comenzó á relatar la estraña aventura en que poco antes fuera envuelto tan sin pensar el castellano don Gonzalo.

A medida que avanzaba en el relato, un temblor convulsivo se apoderaba de la hermosa morisca, en quien las palabras del musulín causaban una profunda sensacion de angustia, hasta que por fin, lanzando un grito horroroso, se precipitó hacia su padre y cayó de rodillas como herida de un rayo.

—Perdon para él, prorumpió con acento desesperante, fijando sus ojos estraviados en el anciano, porque al herirle, padre mio.... tambien me herireis á mi en medio del corazon.

Pintose el asombro en el semblante de todos: á aquella súbita revelacion sucedió un silencio pavoroso y solemne, como la calma que precede á las tempestades.

Al fin Hixen-ab meleh avanzó hacia su hija lesto, grave, fático como un fantasma maldito; su mirada insensata infundia pavor, sus blancos cabellos estaban erizados, su semblante lívido, su boca contraída, y todos sus miembros se agitaban con un temblor convulsivo.

—¡Que perdone al que perturba mi sosiego! exclamó de un modo siniestro, asiendo á la morisca por un brazo, jamás: la justicia de Dios resplandece y el miserable morirá.

—Si la justicia de Dios resplandece, repitió á su vez Aben-Said, y pide la sangre del maldito.

Saruh lanzó un gemido angustioso, palideció deusamente y cayó desmayada.

Volvióse entónces el feroz Hixen hacia Aben-Said y dando á sus palabras una calma que estaba muy lejos de sentir, Aben, le dijo; la hora de azobik (2) se aproxima y tú eres el encargado de noticiar á Aben-Humeya, que el pueblo creyente le aclama por califa.

(1) Primer ministro.

(2) Hora del alba.

—El árabe permaneció inmóvil: solo á un precio, respondió con acento resuelto, podría separarme hoy de los muros de tu castillo.

—¿Qué quieres decir?

—He visto disipada, continuó el muslin, la única quimera por que anhelaba mi existencia, y la sed de venganza se despierta en mi ser con mas fuerza que la voz de la patria.

—¿Acaso te niegas á cumplir la mision á que te empeña la fé de tu palabra?

—Nó, si tú quieres.

—Acaba.

—Jura sacrificarme tu odio al nazareno.

Hixén vaciló un instante

—Parte, exclamó por ultimo, y pues Alá lo quiere, tuya sea la venganza, y tuya la sangre del rummy.

Aben salió de la habitacion, llevando en su alma un infierno de rabia y de tormentos.

Hixén, rígido y amenazador, quedó contemplando el cuerpo inanimado de Saruh, que yacia tendido sobre el pavimento.

IV.

Eran pasados algunos dias: el rutilante Febo acababa de hundirse en el ocaso, anunciando la hora del reposo; la noche ofrecía presentarse densamente tenebrosa.

A esa hora cruzando la puerta de Mongib, penetraba en Granada un morisco cuidadosamente rebozado en los anchurosos pliegues de su albornoz, y despues de recorrer algunas calles, paróse ante una casa de modesta apariencia, sobre cuya puerta se leía en caractéres aljamiados «*Hosteria del Aguila*» El muslin miró en derredor, como orientandose de que sus pasos no eran seguidos y atravesando el dintel, se encontró en el recinto de un vasto salon cuadrangular.

Todo era allí miserable y mezquino: algunas mesas de pino tallado: mugrientas sillas tapizadas de baqueta y un pesado farol suspendido del techo, formaban lo mas selecto del ajuar. En un ángulo de la estancia, y colocado detrás de un pequeño mostrador de haya, asomaba la cabeza un hombre, que por los rasgos de su fisonomia y por el color bronceado de su tez, indicaba pertenecer á los hijos del desierto.

Jussuff habia nacido bajo el sol africano: en los últimos esfuerzos que la Arabia mandara en socorro de los moriscos andaluces, vino á España, sin otro patrimonio que su adarga bacarí, y un corazón sereno ante el peligro: su arrojo en los combates le hizo poco despues temido y respetado entre los suyos.

(Se continuará)

MIGUEL ESCOBAR.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO. (1)

- ARCOS D. EMILIO DE LOS—Juanito. Año V, pág. 91
- ASENSI, D. TOMÁS DE.—Lo que es amor (poesía)—IV, pág. 66.
- ASENSIO DE ALCÁNTARA, D. JOAQUIN.—Notas al aire (poesía) V, 232.
- BARBERÁN, D. CARLOS M.^a—El racionalismo, la recta razón y la fé cristiana; diálogo entre un francés y un español. IV, págs. 27, 39, 55, 72, 88, 104.
Soneto.—IV, 105.
A la vista del mar (soneto)—V, 6.
Providencia de Dios en el régimen. y gobierno del universo.—V, págs. 33, 49, 65, 81.
Gloria del Arte (poesía)—V, 104.
Soneto.—V, 155.
Administración de Justicia.—V, 209.
¡Viva María, gloria de las glorias de España! (poesía) V, 263.
- BARBERÁN RODRIGO D CARLOS.—De Valencia al Grao. V, 186.
¡Eblis! Cuento fantástico V, 251, 266.
- BARBERÁN D. JOAQUIN.—Aranceles V, 28.
Derecho mercantil. V, págs. 164, 225.
- BAUTISTA Y PATIER, D.^a ELADIA.—Mañanas de Abril (poesía) IV, 97.
Un ramo de pensamientos (poesía) V, 23.
A Sta. Teresa de Jesus. (poesía) V, 179.
- BELDA, D. ARTURO.—A una rosa (poesía) V, 80.
La noche.—V, 233.
- BERNABÉ Y SOLER, D. ANTONIO.—A la Srta. D.^a Carolina Montejo en sus dias. (poesía) IV, 26.
- CÁCERES, D. FRANCISCO.—La Madre. V, 119.
A M. A. (poesía) V, 185.
La palabra.—V, 121.
- CAMPOY, D. JOSÉ M.^a—Tradiciones de mi patria: el algibe de los cabalgadores. V, 12.
Apuntes sobre el estado de la muger en el periodo histórico de la edad media.—V, págs. 142, 166 y 181.
Apuntes biográficos del R. P. Fray Vicente Lunel. V, 235.
- CÁNOVAS, D. FRANCISCO.—Viages por el término de Lorca á través de los tiempos geológicos. IV, págs. 29 y 99; y V, pág. 17.

(1) Este índice comprende desde el n.º 32, correspondiente al 8 de Enero de 1874, hasta el último número de Diciembre de 1875, que abrazan el año IV y V de nuestra publicación; y habiéndose puesto cada año paginación distinta, con el objeto de formar dos tomos, ha parecido mejor, por las escasas páginas que corresponden á los números que se publicaron el año IV, incluir ambos en un solo tomo, indicando con el número romano el año, y con el arábigo la página respectiva en cada trabajo.

- Rabí Jehosuah Hallorquí. V, 143.
 Apuntes biográficos sobre un pintor de Lorca.—V, 199.
- ELGUETA, D. A.**—El niño en la historia antigua, media y moderna. V, págs. 177, 205 y 242.
- ESCOBAR, D. MIGUEL.**—Origen e influencia del Teatro.—V, 7.
 Serenata. V, 43.
 Apuntes sobre el progreso, la moral y el catolicismo. V, 70.
 Al Céforo (poesía) V, 123.
 Sarah: leyenda histórica. V, 145, 193, 285.
- G.**—Crónica.—V, 110.
- G. D. A.**—A E. (poesía) V, 256.
 Sonrisas y suspiros. V, 278.
- GARCIA VISO, D. ALEJANDRO.**—Las dos gotas (poesía) V, 80.
- GIMENO, D. EMILIO.**—Las niñas bonitas y la ley de orden público. IV, 68.
- GISBERT, D. LOPE**—La hazaña de los cuarenta; (poesía) V, 129.
- GONZALEZ DE TEJADA, D. JOSÉ.**—Crónicas de Madrid.—IV, págs. 7, 34, 82; y V, págs. 45 y 77.
 Carta de Sancho Panza, (poesía)—IV, 120.
 Los nervios.—V, 230.
- MELLADO, D. BRAULIO.**—Cantares, V, 140
 A mi hijo, (poesía) V, 269.
- MENCION, D. JOSÉ.**— (poesía) V, 204.
- MUSEGOS, D. TOMAS.**—Apuntes sobre la agricultura de Lorca. IV, 45, 77.
- NAVARRO, D. JESÚS.**—A Leonise (poesía) V, 53.
- ORMAECHE Y BEGOÑA, D. ERMELINDA.**—El genio del mal (poesía)—V, 117.
 A la Esperanza (poesía) V, 272.
- P. P.**—Carta-Revista. V, 158.
- PEREZ DE TUDELA, D. ENRIQUE.**—De Lorca á la Puebla de Arganzon. V, 170.
- PERIAGO, D. TOMÁS.**—Estudios filológicos: del language. IV, págs. 1, 45, 61.
 Mundo Sideral.—IV, 93.
 Cervantes.—IV, 109.
 Reflexiones sobre la utilidad de los estudios gramaticales. IV, 24.
 Civilización española. V, 39 y 86.
 Batalla de los Alporchones. V, 87.
 La partícula *de*. V, 105.
 Apuntes sobre el habla castellana. V, 273.
- PLÁ, D. FELIPE.**—La dicha (poesía) IV, 19.
- PUCHE, D. J. M.**—Viernes santo: la soledad de una madre (poesía) IV, 87.
 Descansa en paz (poesía) V, 74.
 La envidia (poesía) V, 127.

- ¡Madre mia! (poesía) V, 155.
 Plegaria (poesía) V, 191.
 Grandes y pequeños (poesía) V, 219.
 Al reloj, (poesía) V, 229.
 Murmuración (poesía) V, 277.
RAMOS OLLER, D. A.—Las tres virtudes, (poesía) V, 277.
REDACCION.—Suelos, IV, págs. 12, 76.
 Bibliografía. IV, 92.
 A Cervantes en el aniversario de su muerte. IV, 123.
 Crónica.—V, 15.
 Exposición regional. V, 48.
 El 23 de Noviembre, V, 241.
RUBIRA, D. JACOBO.—¡Dichosos los que lloran! (poesía) IV, 49.
 A un ciprés, (poesía) IV, 74.
 A España (poesía) IV, 90
 Ella, (poesía) V, 10.
 Rimas. V, 27
 A tí, (poesía) V, 69.
 Serenata. V, 86.
 Ricos y pobres, (poesía) V, 109.
 A Z. L. (poesía) V, 169.
 Fé, Esperanza y Caridad (poesía) V, 203.
 En Cádiz, (poesía) V, 213.
 Mi paloma, (poesía) V, 254.
RUIZ NORIEGA, D. JOSÉ.—¿Porque? (poesía) IV, 38.
 Luz y sombra, (poesía) IV, 60.
 Cielo, estrella, amor y vida, (poesía) IV, 74.
 El manco de Lepanto, Soneto. IV, 123.
 Tuyo y mio, (poesía) V, 61 y 95.
 Las dos cruces, (poesía) V, 122
 Cartas abiertas, (poesía) V, 149.
 Albores y crepúsculos, (poesía) V, 196.
 Quinto y sétimo. (poesía) V, 224.
 Ecos de amor (poesía) V, 235.
 Recuerdo a mi hermana (poesía) V, 245.
 A tí (poesía) V, 272.
 Recuerdo al Sr. D. Braulio Mellado (poesía) V, 283.
SAAVEDRA, D. EULOGIO.—Un recuerdo fúnebre.—V, 97.
SANCHEZ ROS, D. JOSÉ.—Falta imperdonable (poesía) IV, 11.
 Estudios filosóficos; errores cosmológicos. IV, 13.
 A la Srta. D.^a Francisca Casanova (poesía) IV, 54.
 Artículo donde se manifiesta lo que en el se verá. IV, 116.
 Idea fresca.—V, 62.
 A las mujeres, (poesía) V, 89.
 A la muerte de D. Rafael Dominguez, (poesía) V, 100.
 El Renacimiento.—V, págs. 102, 123, 215 y 257.
SELGAS, D. JOSÉ.—Tren espres, (poesía) IV, 5.
 Los sucesos.—IV, 21.

- ;
No lo sé, (poesia) IV, 33.
Buen negocio (poesia) IV, 81.
El número.—V, 1.
VIEYRA DE ABREU, D. CÁRLOS.—Conclusion desgraciada (poesia) V, 6
VILCHES, D. ERNESTO.—A la Srta. D.^a E. B. (poesia) V, 37.
Le nom ne fait rien à la chose. V, 154.
Redondillas con pie (poesia) V, 164.
X.—Un recuerdo y un pensamiento.—V, 270.

